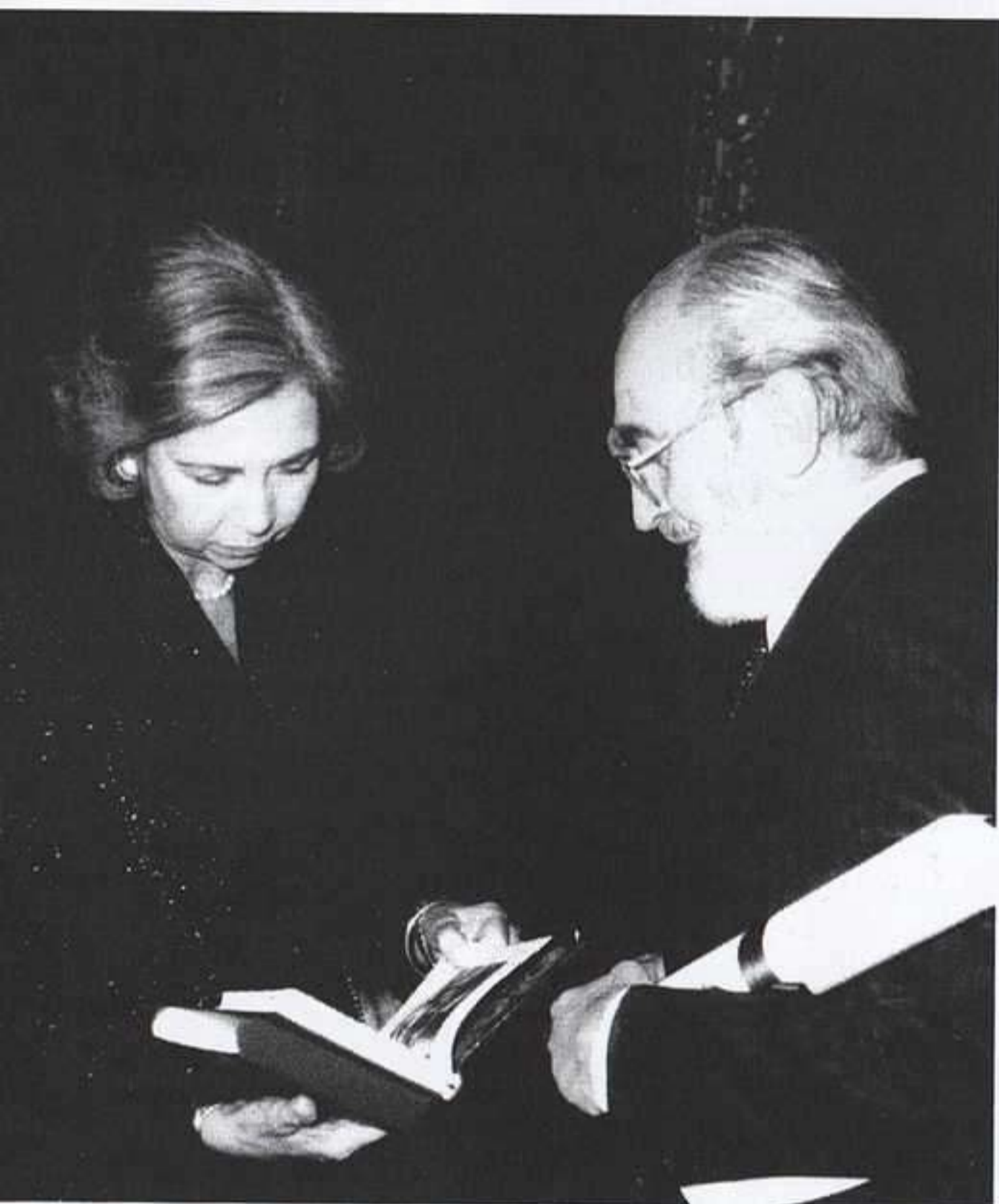


unas *palabras* para la *poesía*

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL ACTO DE ENTREGA DEL PREMIO INTERNACIONAL REINA SOFÍA DE POESÍA IBERO-AMERICANA



Con la justificada alegría y la debida gratitud a todos los que hicieron posible que yo esté aquí, pronunciando estas palabras ante ustedes, recibo hoy como un honor el premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana; un premio que ha llegado a ser, al cabo de sus pocos años de vida, el más importante y prestigioso entre cuantos, en esta península y en todos los países luso o hispanohablantes, se destinan a distinguir la labor de un poeta. El término «Iberoamérica» integra diversas lenguas y muchas naciones, y en todas ellas el cultivo de la poesía, prolongando una tradición secular y gloriosa, alcanza un altísimo nivel de excelencia. La importancia del Premio Reina Sofía es la consecuencia natural de la riqueza y la calidad de la materia que el jurado del premio considera. Y su prestigio, avalado en principio por el prestigio del nombre que le da título, lo confirma la indiscutible categoría de los poetas antes que yo premiados: Gonzalo Rojas, José Cabral de Melo Neto, José Hierro y Claudio Rodríguez se cuentan entre los poetas que yo más admiro. Ver ahora mi nombre inscrito al final de nómina tan ilustre me ilusiona tanto como me confunde: es un honor que no sé si merezco.

Y cuando digo que no sé si merezco ese honor no estoy haciendo alarde de falsa modestia. Ni siquiera se trata de modestia verdadera; se trata de que en realidad no sé, nunca supe el valor que puede tener lo que yo he escrito. ¿Inseguridad?

Tampoco creo que sea eso. Sería más propio hablar de incertidumbre. El poeta no está capacitado para valorar con un fiable margen de certeza su escritura porque en ella no puede dejar de encontrar lo que él mismo pretendió poner, y creyó haber puesto. Pero ¿lo puso en realidad? De eso yo no podré estar nunca seguro. Para estarlo, me sería preciso salir de mí mismo, ponerme en el lugar de los demás, ocupar ese lugar efectivamente, leerme con los ojos de los otros. Imposible sueño. Cuando leo lo que he escrito, por mucho que me esfuerce en alejarme del texto, sé que no estoy leyendo lo que leen los demás; estoy leyendo, en el mejor de los casos, mis propias esperanzas.

Poco es, pero importante.

Porque, aunque las esperanzas sean frágiles y a veces engañosos fundamentos, resultan imprescindibles para seguir escribiendo, para seguir viviendo, para seguir dudando, que es mi particular manera de afirmarme. La duda, si la ilusión no la desampara, es un impulso dinámico y creador, más estimulante que la certidumbre. Dudo, luego insisto.

El honor que hoy recibo no me saca de dudas, pero renueva la esperanza que me alienta a insistir. Por eso, el Premio Reina Sofía, al margen del honor que supone, tiene para mí un inestimable valor.

Después de haber hecho el elogio de la duda, me siento obligado a decir que, en mi opinión, hay algo que el poeta nunca debería dudar: la significación positiva de su trabajo, la trascendencia del arte en que se ejercita.

Curiosamente, no faltaron los poetas que negaron todo valor real a la poesía, que estimaron que su virtud esencial radicaba en su inutilidad. El descrédito del didactismo y el desdén por lo utilitario derivaron en algunas creencias aberrantes. «Sólo es verdaderamente bello» —decía Théophile Gautier— «lo que no sirve para nada; todo lo útil es feo, porque es la expresión de alguna necesidad, y las necesidades del hombre son innobles».

Es tal vez comprensible que Gautier, que era un esteta, tuviera una pobre opinión de la humanidad; lo extraño es que valorase en tan poco a la belleza, y no reconociese que si la belleza y la poesía eran para él una necesidad —»pasaría sin zapatos más a gusto que sin poemas», escribió sin duda instalado en el *confort* de unas buenas zapatillas—, también serían una necesidad para el resto de los mortales, siempre, eso sí, que estuvieran medianamente calzados.

Al menos yo, que no soy un esteta a la manera de Gautier, pues no creo que una manzana, por su valor nutritivo, sea menos bella que una rosa, tampoco estoy dispuesto a decretar la inutilidad de la rosa en nombre de su escaso interés alimenticio; más bien me siento inclinado a afirmar su utilidad. Porque la belleza proporciona felicidad, y la felicidad es una de las más legítimas aspiraciones del Hombre, creo en la utilidad de la poesía que pretende ser nada más —¡nada menos!— que belleza pura.

Pero también pienso que reducir la poesía a belleza es empobrecer, menoscabar las posibilidades que ofrece la materia con que la poesía está hecha: la palabra.

Mallarmé, admirable poeta que consumió su genio en el intento de convertir el verso en «inanidad sonora», decía que la poesía no se hace con ideas, sino con palabras. Gran verdad. Pero Mallarmé ocultaba que las palabras remiten, por su condición de signos, a algo que está fuera de ellas, conllevan inevitablemente nociones de la realidad, dan noticia del mundo, lo nombran, lo ordenan. Al pasar al poema, las palabras no pierden su virtud significativa. Y en esa fatalidad, que para los artistas de la estirpe Gautier-Mallarmé representa una enojosa servidumbre, reside en mi opinión la grandeza de la poesía.

Lo quiera o no, el poeta, cuando junta palabras, está configurando una idea del mundo. Insisto: lo quiera o no. Incluso los versos sonoros y pretendidamente inanes de Mallarmé son a su manera elocuentes, dicen algo,

aunque no sepamos qué. «Cuando escribí ese poema» —cuentan que respondió Mallarmé a quien le preguntaba por el sentido de una de sus composiciones—, «Dios y yo sabíamos lo que significaba; ahora, sólo Dios».

Confieso que la poesía que significa algo sólo para los dioses no es la que me apasiona. Esa poesía sí me parece trivial, inútil; entre otras cosas, porque los humanos nada podemos revelar en los dominios de esos seres afortunados y omniscientes. La poesía que me apasiona es la que vierte su luz dentro de las fronteras del reino de los hombres, humilde y menesteroso pero no exento de grandeza y de misterio; poesía que lo ilumina, anuncia y denuncia, afirma y cuestiona; palabra que no silencia la realidad, que no la margina en los espacios blancos de la escritura; palabra cargada de razón, de emoción y de conocimiento, de vida y de experiencia: fe de vida.

¿Es todo eso ajeno a los intereses de la poesía?

La autonomía del arte exige que la poesía sea ante todo poesía. Sin embargo, desde esa obvia redundancia hay quien deduce que la poesía debe ser sólo poesía. No lo pienso yo así; creo que, efectivamente, un poema debe ser ante todo un poema. Pero después de todo, un poema está fatalmente destinado a ser otras cosas: todas las que acabo de enumerar, y muchas más.

No hay arte por el arte. El arte tiene un fin fuera de sí mismo, que justifica su existencia. Apelo al testimonio nada sospechoso de Víctor Shklovski, teórico formalista, pionero de las corrientes críticas contemporáneas que justifican la literatura únicamente por sus características formales, sin prestar mayor atención a su contenido:

Para recobrar nuestra percepción de la vida —dice Shklovski—, para hacernos sentir las cosas, para hacer que la piedra sea una piedra, existe lo que llamamos arte. La finalidad del arte es proporcionarnos una sensación de las cosas, una sensación que debe ser visión y no sólo reconocimiento.

Hay muchas maneras de entender y de practicar la poesía. El poeta puede jugar con las palabras, ponerlas en situaciones graciosas o divertidas, comprometerlas, o tratarlas con la máxima gravedad y el debido respeto. Todos esos tratamientos me parecen válidos y todos acaban siendo trascendentes si derivan, como Shklovski propone, en reconocimiento y visión, en certidumbre de la presencia del mundo y vislumbre o sospecha de lo que puede ser. El poeta, tal como Shklovski lo concibe, es simplemente un iluminador, un ilustrador de la vida; tarea mucho más importante de lo que en principio puede parecer.

No soy partidario de mitificar la figura del poeta, que es sólo una imagen que el poema desprende, detrás de la cual no hay más que un hombre. Pero ese iluminador de oficio se acerca a la condición de demiurgo cuando, al iluminar, da a luz, alumbra en nuestra conciencia nuevas visiones de la realidad. Y en eso reside la capacidad activa, modificadora de la poesía. Puesto que la realidad es para nosotros tal y como la percibimos, cambiar nuestra percepción de la realidad equivale, en cierta medida, a cambiar la realidad. No iba descaminado a mi parecer el poeta Gabriel Celaya cuando dijo que «la poesía es una herramienta para transformar el mundo». El aforismo fue acogido en su día con división de opiniones, acaso porque la palabra poética, por obra y gracia de su vir-

tud connotadora, suele decir más de lo que dice. Comprendo que, al equiparar una herramienta a un poema, el poeta está convirtiendo su *atelier* de artista en una especie de taller de reparación de automóviles, sugerencia que puede herir la sensibilidad de ciertas personas delicadas. Tal vez si Gabriel Celaya hubiese dicho que «la poesía es un violín para transformar el mundo» habría sido más aplaudido. Lo cual viene a confirmar que, como tantas veces se ha repetido, el último significado de la poesía no se debe a lo que el poema dice, sino a la forma en que lo dice. En el fondo, la poesía no es más que una forma de decir, una peculiar manera de hablar.

¿Sólo eso? No; además eso.

Hablar es una posibilidad entre las muchas que al poeta se le ofrecen, y que no juzgo en absoluto desdeñable. Porque, como Antonio Machado nos recuerda, «con la palabra se hace música, pintura y mil cosas más: pero sobre todo se habla».

Majestad:

he tratado de decir algo acerca de la poesía que justifique el honor que le otorgáis al prestigiar con vuestro nombre y vuestra presencia el premio que hoy recibo. Repito que no sé si merezco tan alto honor, pero estoy seguro de que la poesía sí es digna de vuestra generosa y valiosísima asistencia. Por todo ello, muchas gracias.

Muchas gracias a todos.